RETRATOS

Escribe DAVID HIDALGO
Foto FLOR RUIZ

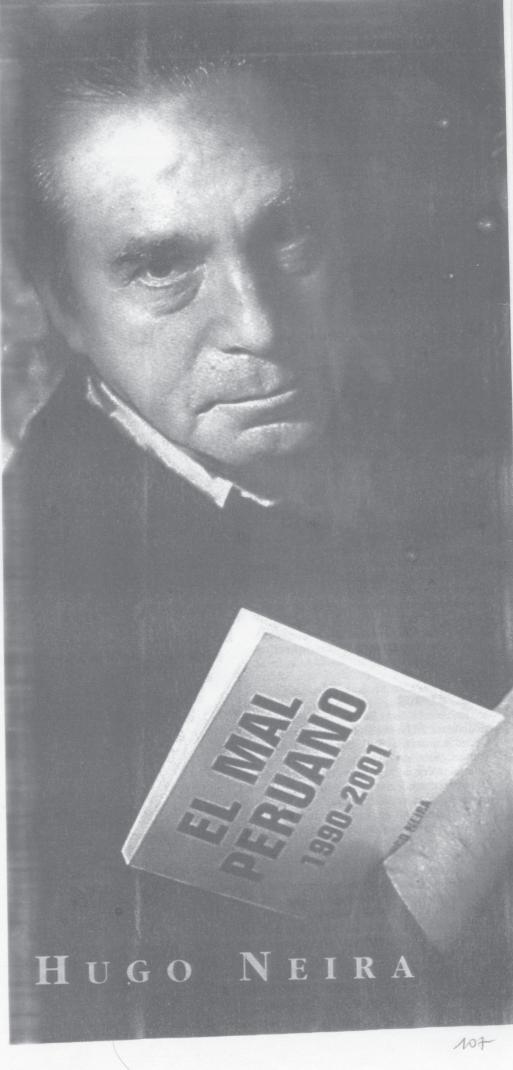
📰 n una isla de la lejanísima Polinesia, el peruano se sienta diariamente a la computadora, ingresa en Internet y observa. Lee las páginas que hablan de escándalos de corrupción, conspiraciones políticas, levantamientos populares en la patria remota. Y piensa. En otro tiempo hubiera matado por estar en medio de aquellas convulsiones de la historia nacional, ahora sólo puede analizarlas de lejos. No se conforma. El hombre hace que una allegada entrañable le envíe desde Lima, puntualmente, todos los diarios del mes en un paquete que tarda no menos de 24 horas en llegar a su alcance por vía aérea. Una vez en sus manos, los devora, los analiza, les practica una autopsia de lecturas y relecturas para desentrañar las causas de este nuevo terremoto en nuestra historia. El teléfono le ayuda a obtener detalles complementarios, impresiones que habrá de barajar para su análisis. Académico al fin, se agencia además de los libros indispensables para comprender los últimos años del país, el origen de la infamia reciente. "Hice lo que haría cualquier historiador en el futuro: consultar los diarios. De modo que la distancia no altera la validez del trabajo", explica Hugo Neira, de paso por Lima para presentar el resultado de largas horas de reflexión sobre lo que leía desde tan lejos. La punzada va desde el título: El mal peruano, 1990-2001'.

En páginas de una reflexión aguda, Neira ensaya una explicación de la profunda crisis que envolvió al Perú en las últimas décadas: una sociedad de componendas, de compadrazgos, en la que la ley casi vale lo mismo que un grafitti y prevalece la práctica siniestra de sacar provecho perso-

nal de donde se pueda.

El libro tiene el lenguaje afilado de siempre, la indignación y el espíritu analítico de sus horas más inquietas, cuando perseguía conflictos sociales para analizarlos por dentro. Es el mismo Neira que en los sesentas escribió aquel ensayo de la toma de tierras en el Cusco; el que años después atrapara en vida el testimonio de Saturnino Huillca, un campesino analfabeto, fundador de sindicatos rurales y combativo hasta la muerte; el que ha escrito incontables análisis sobre la realidad peruana para lectores académicos extranjeros, acaso para espantar el desarraigo y otros fantasmas.

"Siempre quise escribir un libro sobre un acontecimiento actual: en mayo del 68 yo estaba muy involucrado en el movimiento para tener la distancia prudente; cuando cayó el muro de Berlín, yo estaba en pleno proceso de selección para una cátedra en Francia; la caída de Fujimori y Montesinos



Mai 2001

Descubrir el entramado social que incubó y nutrió un régimen tan siniestro y amoral como el de Fujimori y Montesinos es en resumen el objetivo de "El mal peruano", el último libro de Hugo Neira, sociólogo peruano radicado en Tahití, quien nos visitó recientemente para compartir sus afiladas reflexiones sobre otra década perdida.

me pareció un hecho de tal relevancia que requería un análisis más profundo, una relectura. Modestamente, he aquí el resultado", comenta.

Neira empezó a afilar el análisis como discípulo de Porras Barrenechea en los cincuentas. "En aquellos años de universitario la pasaba económicamente mal. Una tarde, a sugerencia de Juan Mejía Baca, Porras me ofreció un puesto de asistente para fichar libros –recuerda—. Fue como un regalo del cielo".

Tuvo con el maestro esa clase de relación trascendental que marca el destino de los discípulos. Neira recuerda agotadoras sesiones en que Porras, apurado por los editores, reunía a sus discípulos para dictarles sus ensayos sobre la marcha, de manera desbordada, caminando de un lado a otro de la habitación mientras tomaba los libros que había dispuesto a su alrededor.

"Al final de la tarde tenía su ensayo listo. El se llevaba las hojas, las corregía y las presentaba a su editor. A mí me gustaba Por esos días el campo estaba al borde del fuego. Los sindicatos rurales radicalizaban sus luchas y en el panorama nacional empezaba a perfilarse la agitada figura de Hugo Blanco, cuya trayectoria Neira seguía como periodista de un diario limeño.

Aquella redacción, en la que trabajaban otros jóvenes de futuro brillante como Raúl Vargas y Abelardo Oquendo, o controvertido como Francisco Loayza, fue el punto de partida para su primer gran proyecto profesional: la toma de tierras.

"Un día José Antonio Encinas me encarga una cobertura del conflicto en el Cusco, algo más serio de lo que podía hacer un corresponsal. Una vez allá, envié varias entregas en las que explicaba toda la situación desde el punto de vista campesino —explica—. Cuando ya pensaba irme, los dirigentes me hicieron llamar para agradecerme y me nombraron periodista del movimiento campesino. Nadie más que yo podía entrar a la zona de conflicto".

Un ensayo sobre culpas y frustraciones

quedarme con esas correcciones, para ver cómo definía el estilo. Puedo decir que aprendí a escribir leyendo esos textos".

Pero el mayor agradecimiento que le guarda a Porras es el clima de libertad que le ofreció. "Muchos le preguntaban cómo era posible que él, un presidente del Congreso, admitiera como asistente a un comunista confeso como yo. En esa época, ser marxista era considerado tan terrible como ser un senderista", recuerda Neira.

No sólo simpatizaba con esas ideas, era militante. Neira lo dice cuidadosamente, pero resulta sintomático que se alejara del Partido Comunista cuando comprendió que "el PC no estaba listo para emprender la toma del poder; yo me fui izquierdizando más y tomé la opción de salir".

Neira obtuvo permiso laboral y se internó en el ambiente campesino, registró sus luchas e indagó sus motivaciones; el resultado, el libro 'Cusco, tierra o muerte' (1964), que al año siguiente le valió el premio nacional de periodismo.

Le valió incluso más. El libro llegó a manos de François Chevalier, un famoso americanista francés que, de paso por Lima, le ofreció un puesto de investigador universitario en Francia.

Neira desarrolló una relación especial con ese país. Motivado por una intensa ambición intelectual, realizó estudios profundos sobre filosofía, historia y sociología. "Quería llegar al nivel intelectual que permite a los europeos ser generadores de pensamiento. Nosotros no lo somos: ni el mar-

xismo, ni el liberalismo, ni corriente alguna ha nacido de nosotros".

Aun en la lejanía, Neira se esforzaba por mantenerse al tanto de lo que sucedía en el país. Y de alguna forma se las agenciaba para mantenerse siempre en vilo. Cuando pasó una temporada en España fue moneda corriente que terminara dos o tres veces a la semana tras las rejas por ser redactor del diario Madrid, de oposición al generalísimo Franco.

Algunos ensayos suyos de esa época europea hablan con expectativa sobre la irrupción de las reformas velasquistas, un proceso en el que poco tiempo después par-

ticipó decididamente.

"Antes de aceptar un puesto, pedí una entrevista con Velasco. Fue difícil, yo era sólo un académico, pero me dio audiencia. Esa tarde hablamos de todo, me contó su historia, le conté la mía. Antes de depedirme le hice la pregunta trascendental: General, ¿esto va en serio?, le dije. No me entendía. Quiero decir que si es al muere, insistí. Sí, es al muere, respondió. Entonces nos abrazamos, al borde de las lágrimas. Fue un momento muy emotivo".

Participó con algunos cargos, desempeñó misiones diplomáticas en el extranjero, fue director de un par de diarios estatizados. Pero las contradicciones internas del régimen lo obligarían a partir de nuevo al exterior

"Lo digo honstamente, creí en la revolución. Y admito que pudo ser uno de mis grandes errores, pero lo importante es que no me enriquecí; mantuve siempre mi honestidad a toda prueba", señala.

Su vida en adelante estuvo marcada por una tenaz labor intelectual y académica. Es autor de unas sesenta publicaciones de análisis sobre la realidad peruana y latinoamericana, textos que han sido de consulta obligada para colegas suyos y otros académicos.

Hay un apasionamiento en sus juicios, reflexión descarnada, pinceladas provocadoras y juicios demoledores. Algunos despiertan simpatías, otros enconadas reaccio-

nes, y no pocas sorpresas.

Años atrás, al comemorarse un aniversario de la muerte de Haya de la Torre, Neira lo calificó de hombre peruano del siglo XX. "Durante mi juventud tuve muchos encontronazos con los apristas, pero en aquella ocasión muchos se emocionaron con lo que dije, porque nacía de mi honestidad como intelectual".

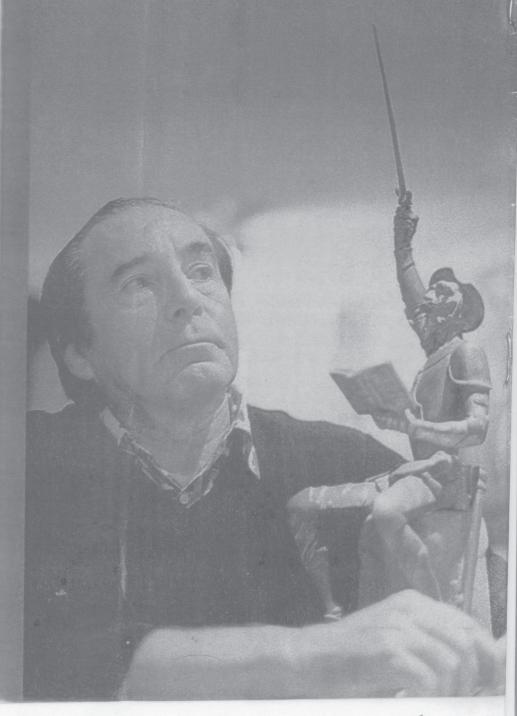
Lo mismo parece suceder con El mal peruano, 1990-2001'. Si algo traslucen sus páginas es un esfuerzo por comprender el Perú en un momento inmediato a los acontecimientos más oscuros de nuestra historia. Neira conoce los riesgos de lanzar un análisis sacrificando la distancia, y los asume.

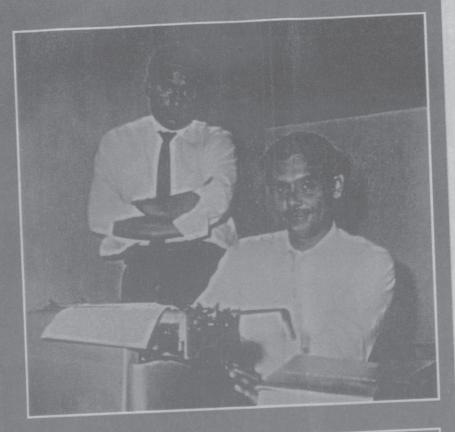
"En esencia, se trata de una crónica de los hechos seguida de cinco ensayos para

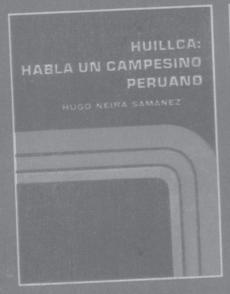


"Antes de depedirme de Velasco le hice la pregunta trascendental: General, ¿esto va en serio? No me entendía. Quiero decir que si es al muere, insistí. Sí, es al muere, respondió. Entonces nos abrazamos, al borde de las lágrimas".











ARQUITECTURA DE LA HISTORIA.

-Derecha, junto al Quijote leyendo a Amadís de Gaula, herencia de Raul Porras Barrenechea.

-Arriba. Izg.: en uno de sus viajes al Cusco. la piedra infinita.

-Arriba. Der.: junto a su entrañable amigo Raúl Vargas en la redacción de Expreso, años 60.

-Arriba, dos tomos de su vasta obra, el emblemático testimonio de Saturnino Huillea y un compilado de ensayos sobre el Perú, sus problemas, su idiosinerasia, sus personaies trascendentales.

La desnudez del mal

66 De modo que los peruanos de este fin de siglo enfrentaron la realidad total del Panóptico. No, no es el nombre únicamente de una cárcel que se hallaba en el centro de Lima, sobre la cual se levantó lo que se llamó el Centro Cívico. Es también el nombre de un ideal siniestro, la prisión perfecta, la negra utopía en la que colabora la imaginación arquitectónica de la Europa clásica. Si visitan las enciclopedias, hallarán que se llama panóptico a una forma de prisión circular organizada en torno a un patio central con celdas equidistantes de un ángulo único de mira, de manera que pudieran ser vigiladas por un solo individuo. El panóptico es un concepto nacido en 1791, de la imaginación de Jeremías Bentham, benefactor de la humanidad'. El diseño de las prisiones ha sido un gran tema de arquitectos y del Estado en todos los tiempos. Cómo ver sin ser visto. No fuimos los únicos en importar ese molde carcelario, hubo panópticos del tipo limeño en diversos países. Prisión ideal, observar y castigar. El sitio donde siempre eres visto, vigilado, chantajeado, constantemente delatado. Todos miran a todos. La privacidad imposible. El recluso está aislado y, a la vez, en representación permanente. La cárcel es teatro y el teatro es infierno. Nuestro tiempo, pobre en simbología pero rico en tecnología, ha añadido el video. Y nuestra cultura política, periféricos e imaginativos, los vladivideos. La posibilidad de ser filmado. Ahí en donde se supone está el orden, en realidad el epicentro del desorden social. Y la imagen como contrato y castigo. Y un país como una prisión sin muros pero con pantallas. El horror de la desnudez. La desnudez del mal"

> HUGO NEIRA 'EL MAL PERUANO, 1990-2001'

interpretarlos. He visto con estupor el grado de sumisión de los poderosos, la pasividad cómplice de la sociedad. De alguna parte tenía que venir todo eso", sugiere.

Esta mañana debe estar nuevamente en su casa de Pappeté, Tahití. Debe estar de nuevo frențe a la pantalla, pendiente de que en adelante su trabajo pueda ser tomado como un documento, el registro de cómo volvimos a pensar en nuestros males. Estamos al inicio de la reflexión y la catarsis, sugiere el libro. Descubramos la desnudez del mal que todavía acecha.

24/25